

LIBRO PRIMERO

Encender una chispa

1733

Capítulo 1

La Valeta, isla de Malta, otoño de 1733

Los dos caballeros extranjeros que paseaban por la plaza del mercado de La Valeta parecían tener bolsillos dignos de un robo. Nikolai los seguía discretamente entre el gentío, consciente de que no repararían en un chico de su tamaño en medio de aquel bullicio. Por encima de su cabeza se parlotteaba en una docena de lenguas o más. Nikolai las reconocía todas y podía hacerse entender en la mayoría de ellas. La Valeta era la encrucijada del Mediterráneo, un lugar en el que Europa, África y Asia confluían para intercambiar sus mercancías.

Aquellos hombres tenían el cabello y la piel claros de los europeos del norte. Cuando Nikolai se acercó lo suficiente para oír su conversación, descubrió que hablaban inglés. Aquél era uno de los idiomas que mejor hablaba, pues su madre había tenido debilidad por los marineros ingleses.

Había otros extranjeros deambulando por el mercado, pero aquellos dos tenían el aire y los atavíos de la riqueza y eran lo bastante necios para pasear solos, sin guardias. Tendrían suerte si volvían al barco con la ropa todavía puesta.

Todavía tras ellos, Nikolai se deslizó tras un carro tirado por un burro para acercarse a su presa. Su talento para pasar desapercibido le había salvado de morir de hambre en los años transcurridos desde la muerte de su abuela, aunque rara vez lograba comer bien.

El más alto de los dos ingleses, un hombre fornido cuyo cabello rojo oscuro estaba profusamente vetado de gris, se detuvo para admirar las baratijas de un buhonero maltés. Levantó un par de pendientes de filigrana de plata.

—Creo que a mi mujer le gustarán éstos.

—Los vimos mejores en Grecia, Macrae —comentó su compañero. Era más bajo y más joven, de complexión delgada y gusto de dandi en el vestir—. Dime otra vez por qué estabas tan empeñado en parar en Malta.

—Valía la pena por volver a pisar tierra firme un día o dos. —Tras llegar a un acuerdo con el buhonero, Macrae pagó dos pares de pendientes de plata—. Además, tengo el presentimiento de que aquí hay alguien a quien merece la pena conocer.

—¡Qué raro! —bufó el otro.

Nikolai hacía poco caso de la conversación, que sólo le interesaba porque mantenía distraída a su presa. Cuando el más alto de los dos hombres se volvió hacia su acompañante, Nikolai metió unos dedos ligeros como alas de mariposa en su bolsillo derecho. Sí, allí había monedas...

De pronto alguien le agarró la muñeca y se descubrió traspasado por unos ojos grises y penetrantes. Unos ojos que lo miraban como nadie lo había mirado desde la muerte de su abuela.

Intentó escapar mordiendo la mano de Macrae y se apartó de un salto cuando éste lo soltó con un juramento. Corrió hacia un callejón cercano. Por las callejuelas fétidas y sinuosas de La Valeta, podía perder a aquellos dos brutos en un abrir y cerrar de ojos.

El más bajo soltó varias palabras ininteligibles. El aire se estremeció extrañamente y de pronto Nikolai sintió que sus miembros no respondían. Aunque quería correr, apenas podía sostenerse en pie. Cayó contra los ladrillos de la pared del callejón. Respiraba trabajosamente. No se había sentido tan débil desde que estuvo a punto de morir de la misma fiebre que se llevó a su madre.

Macrae entró en el callejón y le puso las manos sobre los hombros; luego se agachó hasta que sus ojos quedaron al mismo nivel.

—No queremos hacerte daño —dijo en buen italiano.

Nikolai le escupió, pero sin saber cómo erró el blanco. Macrae arrugó el ceño.

—No parece entender italiano —dijo en inglés—. Ojalá conociera yo ese árabe zarrapastroso que habla la gente de aquí.

Nikolai no se molestó en escupir de nuevo, dado que no había servido de nada. Pero gruñía como un perro. ¡Árabe zarrapastroso! ¡Ya! El *malti* era la antigua lengua de los fenicios. Pero como nunca había quedado atrapada en un alfabeto, era la jerga privada de los malteses, un misterio para extranjeros estúpidos como aquél.

El bajo, que estaba detrás del pelirrojo, dijo con sorna:

—¿Seguro que quieres conversar con un cachorrillo rabioso como éste?

Macrae se irguió y soltó los hombros de Nikolai.

—Míralo con visión mágica y luego vuelve a preguntármelo.

Los ojos del hombre bajo se entornaron un momento; luego se abrieron de par en par.

—¡Santo Dios, el chico irradia poder! Cuando se haga mayor, será un mago formidable.

—Si vive lo suficiente y recibe la formación adecuada —dijo Macrae adustamente—. Parece estar medio muerto de hambre.

—¡No hablen de mí como si no estuviera aquí! —farfulló Nikolai—. ¡Es de mala educación!

—La criatura habla inglés —dijo el bajo con asombro—. Tiene un acento abominable, pero lo habla bastante bien.

—No es una criatura —dijo Macrae, irritado—. Es un chico, seguramente más pequeño que mi Duncan. Es de los nuestros, Jasper. Su poder tiene un halo que nunca había visto, pero es auténtico y tiene un enorme potencial.

—Sangre africana, quizá —murmuró Jasper—. Hay algo de eso en su cara y en su pelo, además del halo de su magia.

Nikolai empezaba a recobrar las fuerzas, pero seguía atrapado entre los dos hombres. ¿Por qué nadie se fijaba en ellos? La gente pasaba por la plaza, a unos pasos del callejón, y ni siquiera miraba.

Mago. Uno de ellos había usado aquella palabra. Su abuela decía que significaba brujo o hechicero. Habían usado la magia para atraparlo y luego para asegurarse de que nadie les miraba. Hizo con su mente una pelota, como le había enseñado la Nona, e intentó escapar de nuevo pasando bajo el brazo de Macrae.

Una mano recia volvió a cogerlo.

—¡Fíjate en eso, Jasper! El chico tiene escudos tan fuertes que puede desaparecer de la vista de un mago.

—O le han enseñado, o lo ha aprendido para sobrevivir —contestó Jasper, pensativo—. Empiezo a compartir tu interés. Pero ¿qué puede hacerse con un muchacho asilvestrado como éste?

—Empecemos por darle de comer. —El alto miró a Nikolai a los ojos—. Soy Macrae de Dunrath y éste es Jasper Polmarric. Siempre has sabido que eras distinto, ¿verdad?

Nikolai pensó si debía mentir, pero al fin asintió de mala gana con un gesto.

—Nosotros también somos distintos, igual que tú —continuó Macrae—. O de manera parecida, al menos. Entre nuestros deberes está el ayudar a otros como nosotros en momentos de necesidad. Y tú necesitas una buena comida, como mínimo. ¿Nos acompañas? Si me miras con la mente, verás que no tengo malas intenciones.

Nikolai siempre había sabido adivinar las intenciones ajenas, y no sentía en aquel hombre deseos de hacerle daño. Pero había más de una forma de asaltar a alguien.

—¡No pienso ser su fulano!

En lugar de enfadarse, Macrae sonrió.

—No me interesan los mocosos. Excepto cuando tienen tanto potencial como tú. ¿Hay alguna taberna en la que podamos comer bien y hablar en privado?

Nikolai asintió con la cabeza y condujo a los dos hombres por los callejones hasta que salieron a la mejor taberna del malecón. Daba sobre el Gran Puerto y era el lugar predilecto de los oficiales de navío y los mercaderes. Naturalmente, Nikolai no había comido nunca allí, pero a veces buscaba desperdicios en la puerta de atrás.

El tabernero arrugó el ceño al verlo entrar, pero la evidente riqueza de los ingleses lo salvó de ser arrojado a la calle. Jasper se detuvo para pedir comida y bebida mientras Macrae acompañaba a Nikolai a una mesa tranquila, en el rincón más apartado de la taberna. A Nikolai no le gustaba que lo llevaran de acá para allá, pero los aromas deliciosos lo animaban a tolerarlo. Sería capaz de aguantar muchas cosas con tal de darse un festín con los mejores platos de la taberna.

Además, tenía curiosidad por saber qué querían aquellos hombres de él.

Macrae se sentó a su derecha y Jasper Polmarric a su izquierda. Aunque no se echaban sobre él, estaba claro que podrían impedirle huir si lo intentaba. Aun así, Nikolai no creía correr peligro. Sólo sentía un profundo e intenso interés.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Macrae—. Puedes mentir si quieres, pero me gustaría tener algún nombre por el que llamarte.

Mentir no tenía gracia, expuesto así.

—Nikolai Gregorio.

—¿Ruso e italiano? —preguntó Polmarric—. ¿Algo de sangre africana?

—Algo. —Un cuarto, al menos. Su abuela era africana de pura cepa, pero él no conocía a todos sus parientes. Su abuelo era maltés, y su madre no sabía a ciencia cierta quién era su padre. Quizás un italiano, quizás un griego; incluso un inglés. Era difícil saberlo. El hecho de que a su madre le gustara el nombre de Nikolai no lo convertía en ruso.

La conversación acabó cuando una camarera se acercó con una jarra de vino y tres vasos toscos. La bandeja contenía también una hogaza de pan de masa fermentada, un triángulo de queso y un plato de pescado en adobo.

Con hambre casi incontrolable, Nikolai cogió un trozo de pescado y lo engulló mientras arrancaba un pedazo de pan. Había un cuchillo en la tabla, así que cortó un buen trozo de queso y se lo metió en la boca, seguido por un mordisco de pan. El fuerte sabor del queso de cabra estalló deliciosamente sobre su lengua.

—No es muy civilizado —dijo Polmarric en francés, con expresión al mismo tiempo curiosa y horrorizada.

—Da gracias por no haber tenido nunca tanta hambre. —Macrae sirvió el vino en los vasos y bebió un trago. Aunque había contestado a Polmarric en francés, volvió al inglés para hablar con Nikolai—. Come cuanto quieras, pero convendría que echaras un poco el freno. Si te pones enfermo, volverás a tener el estómago vacío.

Aquello no tenía sentido. Nikolai tragó otro bocado de pan con queso y echó mano del vino para ayudarlo a pasar. El vino era de mesa,

ligero y joven, agradable y posiblemente elegido para que no se le subiera a la cabeza. Otra señal de las buenas intenciones de aquellos hombres: no era aquél el vino que usarían si quisieran emborracharlo.

La camarera regresó con tres platos de *fenek*. Nikolai los atacó con ansia. No había comido un buen *fenek* desde la muerte de su abuela. Los extranjeros probaron el suyo con menos prisas.

—Este conejo está bastante bueno —dijo Polmarric.

—Cuece una bota con tanto vino y estará buena —repuso Macrae, aunque comía con entusiasmo.

Nikolai se acabó sus dos pedazos de conejo estofado y se recostó en el banco de madera. Con el hambre ya saciada, volvió la curiosidad.

—Habéis dicho que sois distintos. ¿En qué?

La mirada de Macrae voló hacia la taberna para asegurarse de que no había nadie mirando su mesa en penumbra. Cuando estuvo seguro de que nadie los observaba, levantó una mano y a su alrededor comenzaron a agitarse chispas doradas como flecos de fuegos de artificio.

Recogió entre las dos manos aquellas luces danzarinas y dejó que se deslizaran delante de Nikolai. Encantado, Nikolai intentó coger las chispas doradas. Pero se desvanecían entre sus dedos, dejándole en la palma un cosquilleo fresco.

—Magia —musitó. Creía que la magia había abandonado el mundo cuando murió su abuela.

—Nosotros solemos llamarla poder —dijo Macrae en voz baja—. Es un término menos alarmante que magia. Polmarric y yo somos Guardianes, miembros de familias con gran poder. Hay Guardianes en todas las naciones de Europa, y hemos jurado usar nuestros dones para ayudar a los demás, no para obtener ganancias personales.

—¿Qué clase de magia... de poder... tienes tú? —Nikolai intentaba que no se le notara lo ansioso que estaba por saber.

Polmarric lanzó a su compañero una mirada de advertencia.

—¿Seguro que quieres contarle tantas cosas sobre nosotros?

—Tiene que saberlas. —Macrae fijó su atención en Nikolai—. Hay algunas cosas que todos los magos Guardianes pueden hacer hasta cierto punto. Sanar, percibir la energía de los demás, ocultarse, crear luz mágica... La mayoría de los Guardianes tiene además un don con-

creto. Yo soy un mago del tiempo atmosférico, capaz de formar vientos y tormentas. Es un don muy común en mi familia. Polmarric tiene mucho talento para la comunicación.

—Dices que habéis jurado ayudar a la gente. ¿Qué os impide convertirlos en reyes? Aunque parecéis vivir bastante bien. —Nikolai miró con intención sus ricos atavíos.

—Convertirse en rey es más difícil de lo que puede parecer —dijo Macrae con sorna—. Con el paso de los siglos, hemos aprendido que es mejor no interferir a menudo en la vida cotidiana porque las consecuencias son impredecibles, y normalmente peores de lo que uno espera. Entre nosotros mantenemos el orden mediante consejos nacionales de Guardianes. Es probable que Polmarric se convierta en consejero la próxima vez que haya uno, debido a sus habilidades para la comunicación. Si alguno de nuestros semejantes se desmanda y daña a otros... Bien, tenemos magos con el don de detectar la maldad y hacer cumplir el orden.

Nikolai arrancó un trozo de pan y lo mojó en la salsa del *fenek*. Los Guardianes parecían una familia grande y secreta que tenía al mismo tiempo poder y sabiduría. Pensó en su abuela.

—¿Los magos son todos hombres?

—Nada de eso. Las mujeres pueden ser tan fuertes o más que los magos hombres. Mi esposa es una sanadora muy dotada. Y la de Polmarric es la mejor rastreadora de Inglaterra, creo. —Macrae hizo una pausa, como si intentara decidir qué debía decirle—. Normalmente, uno alcanza todo su poder cuando se acerca a la edad adulta, pero no es infrecuente que quienes tienen un talento especialmente fuerte muestren habilidades mágicas en la niñez. A mi hijo Duncan le pasa, igual que a ti.

Nikolai se quedó mirando su plato vacío mientras intentaba asimilar lo que le estaban diciendo.

—¿Por qué me estáis contando esto?

—Porque creo que necesitas ayuda. —Macrae parecía cansado, y Nikolai se dio cuenta de que era más viejo de lo que le había parecido—. Hay demasiados niños sin hogar en el mundo para que podamos salvarlos a todos. Pero tú eres uno de los nuestros, así que me siento obligado a intentar ayudarte.

—¿Cómo?

—Una posibilidad sería buscarte sitio en una escuela de La Valeta donde te den de comer y te vistan y donde puedas aprender a leer y a escribir.

—Ya sé leer y escribir —contestó Nikolai con vehemencia.

Macrae enarcó las cejas.

—Es impresionante. ¿Cómo aprendiste?

Nikolai se encogió de hombros.

—Mi abuela llevaba una pensión en el puerto. Cuidó de un marino inglés que se estaba muriendo a cambio de que me enseñara. El viejo Smithy tardó mucho en morir. —Tanto que Nikolai había aprendido aritmética y algo de historia, además de a leer y a escribir.

—Aprendes rápido —observó Polmarric—. Tu acento inglés ha mejorado mientras hablamos. Es casi como si pudieras extraer el idioma de nuestras mentes. ¿Lees el pensamiento?

Nikolai se agazapó, receloso, preguntándose cómo lo había descubierto el inglés. No era exactamente que leyera el pensamiento, pero a veces percibía lo que sabía la gente que lo rodeaba. Estar junto a aquellos dos hombres que hablaban inglés mejoraba su forma de hablar.

—Smithy decía que era listo.

—Un chico listo con poderes podría no estar a salvo en una escuela de la ciudad, al menos mientras los caballeros de San Juan gobiernen Malta —comentó Polmarric—. Tienen por costumbre entregar a los magos a la Inquisición.

—Lo sé —dijo Macrae—. Lo que necesitas de verdad es una familia, Nikolai. Gente que se preocupe por ti, y de la que tú te preocupes.

Una familia. Nikolai bajó la mirada para que los extranjeros no vieran en sus ojos el aguijón humillante de las lágrimas. Su familia había sido pequeña, pero auténtica. Con la muerte de su madre y su abuela, se había creído solo para siempre. Pensar en lo que había perdido le hacía difícil digerir su conejo estofado.

—Podríamos buscar una familia de Guardianes en Italia o Francia para que te acoja, si prefieres quedarte cerca de tu hogar. Pero si estás dispuesto a viajar al norte, te llevaré a mi casa y te criaré con mis hijos —dijo Macrae tranquilamente.

Nikolai levantó la cabeza y se quedó mirándolo.

—¿Haría eso?

Polmarric sofocó una exclamación de sorpresa al oír hablar así a su amigo.

—¿De veras estás dispuesto a llevar a tu casa a este pequeño salvaje? —dijo en francés.

Macrae contestó en el mismo idioma.

—Soy escocés, y no muy civilizado. —Pasando al inglés, miró a Nikolai a los ojos—. Tú necesitas un hogar y a mi hijo Duncan le vendría bien tener otro chico con poderes en casa. Mi hija es mucho más pequeña y no le sirve de compañía.

Nikolai dio vueltas a la idea, remiso a abandonar su tierra, pero también emocionado hasta lo indecible.

—¿Haría de mí un caballero?

Macrae asintió.

—Comerás la misma comida, vestirás la misma ropa y recibirás la misma educación que mi hijo. Pero, sobre todo, tendrás las enseñanzas que vas a necesitar cuando se manifiesten tus talentos. Ahora puedes usar hasta cierto punto tu poder, pero tu habilidad florecerá cuando alcances la madurez. Sin adiestramiento, te arriesgas a hacerte daño a ti mismo y a hacérselo a otros. No serás el heredero de Dunrath, desde luego, pero los Guardianes tienen fondos para ayudar a establecerse a jóvenes en tus circunstancias. Así que, sí, serías mi hijo adoptivo y un caballero. Mi esposa te recibirá de buen grado.

Polmarric se dirigió a su amigo en francés.

—Tu mujer siempre está recogiendo cachorros extraviados, así que seguramente no le importará tener uno más. Aunque este muchacho dará mucho más trabajo que un perrillo.

—Y más satisfacciones, también —contestó Macrae, imperturbable—. Es lo que hay que hacer, Polmarric. Lo sé.

Los dedos nerviosos de Nikolai cortaron un trozo de pan. Su abuela había predicho una vez que llegaría a ser un caballero. Él se había reído, claro, incapaz de imaginar una posición en la vida que superara la de un vulgar marinero.

Debería haber sabido que su abuela no se equivocaba en esas cosas. Pensó con melancolía en su cara oscura e intemporal. Le dolería dejar las tumbas de ella y de su madre, pero ambas le habrían animado

a aprovechar aquella oportunidad. Macrae no le deseaba ningún mal; de eso Nikolai estaba seguro.

Su mano se cerraba espasmódicamente sobre el pan, convirtiéndolo en una masa informe.

—Iré con usted y seré su hijo —le dijo a Macrae.

El escocés sonrió.

—Me alegro, Nikolai. Y estoy seguro de que tú también te alegrarás.

Nikolai miró a Polmarric con expresión traviesa.

—Y usted necesita otro idioma si quiere hablar en privado delante de mí —dijo en francés.

Polmarric se sumó a la carcajada de Macrae, lo cual decía mucho en su favor.

Hombres que sabían reír y toda la comida que pudiera ingerir. Sus antepasados velaban por él. Nikolai cortó otro pedazo de queso y se preguntó lleno de contento qué aspecto tendría vestido de caballero.

Capítulo 2

Nikolai despertó antes de que amaneciera y se recreó en el suave balanceo de la goleta *Hermes*. El barco se había convertido en su hogar desde que, hacía un mes, Macrae le había dado la vuelta a su vida por casualidad. Polmarric era el dueño del barco, así que a todos les trataban muy bien.

Tras parar una semana en Sicilia, el *Hermes* había puesto rumbo a Londres, su puerto de partida. Había hecho buen tiempo, con vientos constantes que henchían las velas e impulsaban el barco a buen ritmo. Estaban ya en el Mediterráneo occidental. Un día o dos después pasarían el estrecho de Gibraltar y entrarían en el borrascoso Atlántico para emprender el último tramo de su viaje.

Cerró los ojos, adormecido por el chapoteo suave de las olas al estrellarse contra el casco de la goleta. Aunque había crecido en una isla, con el mar siempre presente, no imaginaba cuánto le iba a gustar navegar. Había libertad y pureza en los vientos y las olas. Aquélla podía ser una buena vida para un hombre.

Había descubierto, además, que la existencia del hijo de un caballero era mucho más dulce que buscarse la vida como una rata de callejón. Desde hacía un mes, disponía de buena ropa, de seguridad y, sobre todo, de comida. De toda la que pudiera comer. Tanta que ya no sentía necesidad de engullir lo que se ponía en la mesa antes de que lo retiraran.

Incluso tenía intimidad. Aquel camarote minúsculo era poco más que una taquilla de marinero, pero era suyo. Macrae y Polmarric com-

partían uno más grande en la popa del velero, pero Nikolai disfrutaba de su cubículo cerca de la proa, que sentía muy próximo al mar.

Metió la mano bajo el catre y tocó su pequeño baúl con remaches dorados, que contenía la ropa del hijo de un caballero. Después de que aceptara ir con Macrae, le habían llevado al *Hermes* y le habían restregado tan fuerte que el color de su piel se había aclarado varios tonos. Luego, Macrae lo llevó al mejor sastre de La Valeta.

El sastre le había hecho una casaca y unas calzas de brocado de seda azul, y camisas de la mejor muselina. Conocedor de las costumbres de los muchachos, Macrae había encargado también varios juegos de prendas hechas de lana y burdo lino. Aunque a Nikolai le encantaban sus ropas elegantes, se sentía más a gusto con aquellas prendas corrientes y cotidianas. Hasta éstas eran muy superiores a cualquiera que hubiera tenido antes.

Pero se negó a entregar sus toscos pantalones y su camisa de lino, a pesar de que estaban hechos jirones. Se los había hecho su abuela y no soportaba desprenderse de ellos.

Macrae no se opuso; sólo insistió en que lavaran aquellas prendas. La ropa vieja de Nikolai resultó perfecta para trepar por los mástiles y las jarcias del *Hermes*. Los marineros eran rudos, pero amables, y le enseñaban a navegar.

Cada minuto que pasaba despierto estaba dedicado a lecciones de uno u otro tipo. Macrae y Polmarric le enseñaban la historia de los Guardianes y cómo podía usarse la magia. Le enseñaban también técnicas elementales de control. Aunque su poder era modesto por ahora, eso cambiaría cuando llegara a la madurez. Cuanto más supiera controlarse ahora, más fácil le sería después.

Algunas técnicas las había deducido por sí solo. Otras le hacían contener el aliento, llenándole de asombro, como si, al aprenderlas, supiera intuitivamente que aquello era lo correcto.

También le habían enseñado modales y protocolo. Convertirse en caballero era un trabajo muy duro.

A veces, se preguntaba por aquel misterioso Duncan que iba a ser su hermano. ¿Sabía Duncan lo afortunado que era por tener un padre, y más aún un padre como aquél? No, un chico que había crecido dando por descontadas la comida y la ropa, y la protección de un padre,

no podía apreciar la suerte que tenía. En su fuero interno, Nikolai tenía tendencia a despreciar a Duncan por blando. Pero, por respeto a Macrae, se esforzaba por mostrarse amable.

Macrae hacía mucho hincapié en que observara con todos sus sentidos, tanto internos como externos. Uno de ellos, comprendió Nikolai, lo había despertado a hora tan temprana. En la oscuridad del alba no se oía nada, salvo los ruidos del mar, el crujido del maderamen del barco y el chillido lejano de una gaviota solitaria. Sin embargo... algo iba mal.

Más curioso que preocupado, se levantó y se puso su ropa vieja. Pronto le quedaría pequeña: en el último mes, había engordado y crecido una pulgada.

Descalzo, salió de su pequeño camarote y trepó por la escalerilla que llevaba a la cubierta principal. Una niebla densa se había posado sobre el *Hermes* y el mar. Un marinero montaba guardia en la popa. Su oscura figura situada junto al timón era casi invisible, de no ser por el leve resplandor de su pipa cuando aspiraba. El barco se movía muy despacio, recorriendo el trecho justo para mantenerse estable.

Intrigado por saber qué lo había despertado, Nikolai se acercó a la proa, apoyándose en las barandillas mientras el barco cabeceaba. Entre la niebla y la oscuridad, apenas veía más allá de unos pasos.

¿Corrían el riesgo de chocar con escollos o con alguna isla? No era probable; el timonel conocía aquellas aguas, y la lentitud con que avanzaban reducía el peligro de sufrir daños graves incluso aunque hubiera un error de navegación.

Nikolai suspiró, irritado. Quizá en dos o tres años sus habilidades mágicas florecerían y podría definir qué lo inquietaba. O quizá no. Como Polmarric solía decir de vez en cuando, la magia era una herramienta para enfrentarse al mundo, no una fuente fiable de milagros.

Por delante de él sonó un chapoteo. ¿Un grupo de peces saltando? Era difícil orientarse con tanta niebla.

Estaba a punto de dar media vuelta y volver a la cama cuando una forma baja y oscura surgió de la niebla con velocidad asombrosa. Era un navío: una galera. Las largas pasadas de docenas de remos la impulsaban furiosamente hacia la goleta. Corsarios.

El espanto dejó paralizado a Nikolai. Durante siglos, los piratas berberiscos habían atacado no sólo los barcos, sino también las costas en busca de esclavos, y Malta había sufrido numerosos ataques. Recordándose, gritó a pleno pulmón:

—¡Piratas!

Después de que diera la alarma, se desató el caos. Al saberse descubiertos, los piratas lanzaron una andanada de disparos de mosquete. Nikolai agachó la cabeza mientras a su alrededor las balas se incrustaban en la madera. En la popa, el hombre de guardia juró con furia y empezó a tirar de la cuerda de la campana para dar la alarma. Hombres medios desnudos comenzaron a subir de las cubiertas inferiores, con las armas en la mano.

Cuando Nikolai se irguió, la proa acorazada de la galera embistió al *Hermes*, incrustándose en el casco a poca distancia por debajo de él. El impacto le hizo perder el equilibrio. Su cabeza golpeó con la barandilla y perdió un momento la conciencia.

Cuando volvió en sí, a su alrededor se había desatado una batalla campal. Un viento fuerte desgarraba la niebla y el cielo se había aclarado, dejando al descubierto los garfios que enlazaban ambos navíos. Una veintena o más de soldados tocados con turbante había abordado el *Hermes*. La tripulación y los pasajeros de la goleta luchaban con espadas, pistolas y con cualquier cosa que pudiera usarse como arma. Nubes de humo negro irritaban los ojos de Nikolai y hacían arder sus pulmones.

Vestidos sólo con camisa holgada y calzones, Macrae y Polmarric se hallaban en el fragor de la batalla. El escocés daba mandobles a su alrededor con una espada. Polmarric iba armado con un par de pistolas. Nikolai quiso correr hacia Macrae, pero estaba demasiado débil para moverse. Acurrucado en el rincón de la proa, miraba horrorizado la batalla y se preguntaba por qué los Guardianes no usaban la magia para ponerle fin. ¡Seguro que podían hacer algo! ¿O acaso era aquel viento obra de Macrae?

Nikolai ahogó un grito cuando un corsario dio un tajo al brazo de Macrae con su cimitarra. La sangre oscura salpicó la camisa blanca del escocés cuando atravesó a su atacante. Sin perder la calma, Polmarric apuntó y derribó a un pirata con la pistola de su mano derecha, y lue-

go a otro con la de la izquierda. Mientras los piratas buscaban presas menos peligrosas, Polmarric volvió a cargar y Macrae lo cubrió.

Nikolai intentó levantarse y estuvo a punto de desmayarse otra vez al sentir un fuerte dolor en las costillas. Debía de haberse roto alguna al caer. Dado que no podía luchar, se obligó a observar usando todos sus sentidos.

El *Hermes* iba ganando la batalla. Había varios marineros heridos, pero la mayoría de los cuerpos que yacían sobre la cubierta ensangrentada eran de piratas. Adivinó que los corsarios no esperaban una resistencia tan fiera y que se estaban preguntando si el asalto valía la pena. Los corsarios preferían atacar a personas que no tenían muchas posibilidades de defenderse.

Mientras la niebla y el humo acababan de disiparse, un garfio cayó con estruendo cerca de los pies de Nikolai. El cabo que unía la goleta al navío pirata se había partido. Uno a uno, los demás cabos fueron rompiéndose y la galera comenzó a alejarse.

Otra racha de viento hinchó sus velas, y la galera se escoró hacia estribor. Los remos se agitaban en el aire como patas de araña. Una voz gritó en árabe desde la galera:

—¡Retiraos!

Un pirata que se retiró maldiciendo por la cubierta del *Hermes*, con la vista fija en la tripulación de la goleta por si alguien lo seguía, tropezó con Nikolai, y una punzada de dolor atravesó las costillas del chico. El pirata miró hacia abajo y lo levantó con una sola mano.

—Aquí hay uno, por lo menos. —Hablaban un burdo dialecto de árabe norteafricano que Nikolai había oído en el puerto de La Valeta.

Nikolai intentó defenderse, pero colgaba impotente como un cachorro de la mano del gigante.

—¡Macrae! ¡Macrae! —gritó.

El escocés comenzó a volverse hacia él, pero entonces se oyó otra andanada de disparos de mosquete procedente de la galera y Polmarric se derrumbó. Macrae se volvió bruscamente y se arrodilló junto a su amigo. Nikolai lo perdió de vista.

La galera se había enderezado y flotaba a unos metros del *Hermes*. El que sujetaba a Nikolai llamó a uno de los piratas de la galera.

—¡Coge a este mocoso!

Arrojó a Nikolai a la embarcación. Tras volar unos segundos vertiginosamente, alguien lo agarró sin contemplaciones y lo depositó en la cubierta inclinada. Resbaló por la galera, agarrándose a la regala de estribor. El agua se agitaba a su alrededor, y Nikolai gemía de dolor por su costilla rota, temiendo ahogarse.

Debía combatir el dolor. Macrae le había hablado de eso. El truco era distanciarse, pensar en el dolor como algo lejano y ajeno.

Se concentró y el dolor disminuyó un poco. Se levantó tambaleándose, desesperado por volver al *Hermes* antes de que los barcos se separaran.

En mitad de la goleta, Macrae miraba ceñudo hacia la galera. Nikolai cruzó corriendo la embarcación y agitó los brazos frenéticamente para llamar la atención del escocés. ¡Seguro que Macrae sabía algún truco de magia que pudiera salvarlo! ¡Era su hijo adoptivo, un futuro gran mago!

Macrae lo miró fijamente. Luego dio media vuelta, el rostro como granito.

Nikolai vio con perplejidad cómo el hombre que le había prometido protegerlo y darle una familia lo abandonaba a su suerte. Aterroizado, empezó a treparse a la barandilla. Mejor aventurarse en el mar que en la esclavitud.

Unas manos recias volvieron a atraparlo. Esta vez eran las manos del capitán de la galera, el *reis*, un hombre fornido, con cadenas de oro alrededor del cuello y ojos fríos como la muerte.

—Así que lo único que hemos sacado de este ataque es un mísero cochinitillo.

—Soy hijo de un hombre rico —dijo Nikolai frenéticamente—. ¡Mi padre me rescatará!

El *reis* paseó una mirada desdeñosa por su ropa andrajosa.

—¿Tú? ¡Ja!

—Soy inglés. Escocés. Mi padre, Macrae de Dunrath, pagará por recuperarme. —Se preguntaba, sin embargo, si era cierto. Macrae lo había visto en manos de los corsarios y se había dado la vuelta. ¿Pagaría el rescate?

—Tú no eres inglés. —La mano pesada del *reis* golpeó un lado de su cabeza, haciéndole caer de rodillas—. A mí me pareces un mulato, una rata de puerto.

El *reis* llamó con un gesto al encargado de vigilar a los esclavos de la galera, un hombre con la cara picada de viruelas que empuñaba un látigo.

—Este mocoso es demasiado pequeño para remar, pero puede servir para achicar. Llévatelo.

El vigilante dio un latigazo en la espalda de Nikolai, rasgando la tela. Nikolai chilló. El fuego del latigazo disparó el dolor de su costilla fracturada.

—Eso es lo que les pasa a los esclavos desobedientes, chico —gruñó el hombre—. Cumple las órdenes y puede que llegues a hacerte mayor. ¡Ponte a achicar!

Nikolai se levantó aturdido, casi incapaz de respirar. El vigilante puso un cubo en sus manos y señaló el lado de estribor del barco, donde el agua se agitaba alrededor de los tobillos de los galeotes. Magullado y desorientado, obedeció. Se avergonzaba amargamente de las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Mientras recogía agua y la arrojaba por la borda, vio cómo el *Hermes* se alejaba hacia el oeste. Macrae y Polmarric estaban a salvo y lo habían abandonado a su suerte sin mirar atrás. Si aquello era lo que significaba ser un Guardián, haber jurado proteger a los demás, él no quería tener nada que ver con aquellos cerdos.

El vigilante de los esclavos volvió a azotarlo con el látigo.

—¡Más deprisa, o te tiro por la borda para que te coman los peces!

Nikolai se mordió los labios y obedeció, pero por dentro empezaba a crecer su furia. Macrae le había prometido el paraíso y le había traicionado. ¡Traicionado!

Mientras llenaba y vaciaba el cubo, su ira creció hasta lograr saturar cada fibra de su ser. Aunque sentía que no podía continuar achicando agua, siguió adelante jurando por su sangre y sus huesos y por su abuela muerta que sobreviviría a la esclavitud y que algún día lograría escapar.

Luego, cuando estuviera listo, se vengaría de Macrae y su familia. De aquel mentiroso, de su bella esposa, de su apuesto hijo y de su niñita mimada.

Todos serían sus presas.